

# A la sombra del ÁRBOL DEL CONOCIMIENTO

Santiago Beruete

«¿No brilla siempre una risa loca  
en el rostro encantador de Flora?»

Erasmus de Rotterdam, *Elogio de la locura*

«No se puede decir nada, por muy absurdo que sea,  
que no haya sido dicho por algún filósofo».

Cicerón, *De divinatione, II, 58.*



Clara y Axel pasean una tarde de octubre por el parque paisajista de Stowe, en Buckinghamshire, mientras charlan animadamente. Ella, que no pasa de los cuarenta, posee un rostro agradable y una expresión risueña, viste una zamarra negra y unos *jeans* ajustados que realzan su figura,

y luce una larga melena pelirroja que le cae por la espalda. Él es un cincuentón, zanquilargo y desgarrado, tiene poco pelo y un porte distinguido a pesar de su desastrada indumentaria, que invita a pensar que no presta demasiada importancia a su atuendo. La tarde amenaza lluvia y sopla

un viento frío. De tanto en tanto, el sol se abre paso a través del cielo encapotado y baña con una claridad irreal la campiña. El tono desenfadado y cómplice de su conversación denota familiaridad y permite suponer que son una pareja o dos buenos amigos. Llevan un rato hablando sobre la importancia de no dar demasiada importancia a *casí* nada cuando Axel comenta esbozando una sonrisa:

—En su lecho de muerte Ludwig Wittgenstein confesó que le hubiera gustado dar a la imprenta una obra seria de filosofía compuesta enteramente de chistes.

—Ardua tarea, sobre todo si eres germano y te has dedicado a escribir libros tan chispeantes como el *Tractatus logico-philosophicus* —bromea Clara. Y, retirándose el pelo de la cara, añade—: Eso sí, admito que la risa posee un profundo significado filosófico.

—La verdad se disfraza a menudo de humor para ser aceptada, querida. Déjame contarte una divertida historia al respecto. Durante la Edad Media se decía que, tras cada coito, se oía la carcajada estentórea del diablo. Un monje dominico que fue sorprendido en los brazos de una mujer casada, defendió su inocencia ante los miembros del tribunal de la Inquisición, decididos a condenarlo a la hoguera, diciendo: «Juro por lo más sagrado que solo se escuchó una risita».

—Está claro, Axel, que la comicidad brota de las incongruencias. Los despropósitos nos hacen gracia —asegura con una sonrisa resabiada. Y tras unos instantes agrega—: Me viene a la cabeza una novela de una sola línea escrita por Lichtenberg. Un misionero puso tanto énfasis a la hora de pintar las llamas del infierno a una comunidad de groenlandeses, que estos no tardaron en sentirse ardientemente atraídos por el calor allí reinante.

—¡Vaya, esa sí que es buena! —reconoce su interlocutor mientras a ambos lados del amplio camino se suceden prados verdes salpicados de agrupaciones de árboles centenarios—: Me he acordado de aquella historia que cuenta Freud en su libro sobre el chiste y el inconsciente. Un pobre diablo, condenado a morir en la horca a primera hora del lunes, le comenta cariacontecido a su carcelero: «Bonita manera de comenzar la semana».

—Lo ves. De nuevo, la incoherencia. Además, la risa tiene un efecto catártico, no cabe duda. A la par que restaura el orden, nos redime del sinsentido.

—Exacto. ¿Y sabes qué? —le increpa Axel. Y, sin darle tiempo a contestar, afirma categórico—: Eso la emparenta con la filosofía.

—¿Vas a volver a la carga con tu teoría de que el humor es un instinto filosófico menor? —le increpa Clara con un deje irónico. Y, viendo que su acompañante no abría la boca, continúa diciendo—: Ambrose Bierce definió a esta como «un camino de muchos ramales que conduce de ninguna parte a la nada».

—Más desatinos... Los filósofos se comportan como humoristas descarriados y a la inversa —apunta Axel. Hace una pausa y añade—: Déjame que te cuente una anécdota, probablemente apócrifa, de Kant. En cierta ocasión, su secretario acudió sobresaltado a la presencia del viejo maestro y le anunció sin resuello: «¡Señor, hay un ladrón en la biblioteca!». Y el flemático pensador le preguntó sin mudar de gesto: «¿Qué está leyendo?»

—Recuerdo otra ocurrente salida atribuida a un filósofo. Durante una velada en el salón literario de madame du Deffand una piadosa aristócrata recriminó a Voltaire por sus anticlericales diatribas e irreverentes comentarios diciendo: «Si yo fuera su mujer le pondría veneno en la comida». A lo que este le respondió con desparpajo: «Si yo fuera su marido, lo tomaría de inmediato».

—Como todas las sustancias corrosivas, hay que administrar el ingenio con cautela.

—Tú lo has dicho. El humor es a menudo el disfraz de la agresividad —observa Clara—. Tras el anonimato de los chistes se encubren no pocas veces la violencia, la crueldad, el sadismo...

Después de dejar a la espalda el Arco Dórico que se alza en una revuelta del camino, sus pasos les conducen hasta un pequeño valle de ondulantes pendientes alrededor de un estanque conocido como los Campos Elíseos. Aprovechan para hacer un alto en el paseo y recrear la mirada en el idílico paisaje que se extiende delante de sus ojos. En una orilla, retrepado en un montículo, se encuentra un templo de planta redonda consagrado a la Virtud Antigua, que se refleja en la superficie de las mansas aguas. En orilla vecina se alza otro monumento de reminiscencias clásicas y forma semicircular, el Templo de los Valores Británicos, con nichos que albergan los bustos de filósofos como Francis Bacon o John Locke y poetas como John Milton, William Shakespeare y Alexander Pope entre otros eminentes hombres. El sol ha aparecido momentáneamente entre las nubes, que arrastra el viento. Una bandada de estorninos levanta el vuelo y planea en formación. Mientras sus graznidos llenan el aire, sus sombras se deslizan

suavemente sobre la pradera. Permanecen unos minutos en silencio contemplando las teatrales vistas, hasta que, tras abrocharse la cazadora y calarse una gorra, Axel toma la palabra para decir:

—Tu comentario me ha hecho recordar el viejo chiste de los dos judíos apátridas que se encuentran en la cima del Everest. Uno le dice al otro: «¡Moisés, qué casualidad coincidir tan lejos!». «¿Tan lejos de qué!», responde su interlocutor.

—En el fondo de la risa, creo yo, siempre hay un sedimento de amargura —comenta Clara como si pensara en voz alta. Y añade echando a caminar por un el zigzagueante sendero cubierto de hojas secas—: Tenía razón Nietzsche cuando escribió que, siendo como es el animal más desgraciado, el hombre se vio forzado a inventar la risa.

—Maldita la gracia. Tampoco es eso... —rebate Axel socarrón. Y agrega después de una breve pausa—: Iba a contarte algo... Ah, sí, ya me acuerdo. Un tiránico monarca reta a un sabio consejero, que se ha atrevido a insinuar su falta de prudencia, a enseñar lógica a su perro de caza. Dado que no tiene elección si quiere salvar el pellejo, este acata el irrealizable mandato solicitando el plazo de un año para cumplirlo. Y cuando abandona la sala del Consejo, comenta a sus leales con más entereza que resignación: «En trescientos sesenta y cinco días puede ocurrir de todo: que el rey sea destronado, que muera yo, que el chucho estire la pata,... ¿Quién sabe? Incluso, a lo mejor hasta aprende lógica».

—El tesón contra la adversidad es una fuente inagotable de comicidad —puntualiza Clara. Reflexiona unos instantes y suelta con acentuada seriedad—: «La gentileza de la desesperación» la llamó Oscar Wilde.

—El humor permite salir victorioso de la derrota. Tal vez no nos ahorre padecimientos, pero nos brinda la posibilidad de desobedecer la lógica y vengarnos de la realidad.

—Si tú lo dices, Axel... Pero ten presente que, a veces, ese supuesto acto de rebeldía esconde otra intención. Por ejemplo, si alguien es capaz de sonreír con estoicismo cuando todo le está saliendo mal, probablemente es porque está pensando a quién echarle la culpa.

—Ahora hablando en serio. Es la rigidez mecánica en el comportamiento de una persona, lo que, como afirmaba Henri Bergson, provoca la risa de los otros. Escucha esta historia y lo entenderás. Érase un filósofo errante que tras deambular por el ancho mundo llega a la entrada de un

castillo en ruinas rodeado de un hermoso jardín, donde un hombre de mediana edad descansa como nosotros ahora a la sombra de un árbol. «¿Qué hace usted aquí?», le pregunta el recién llegado. «Cuido del parque», responde. «Parece una dura tarea», insinúa el curioso viajero, «seguramente los propietarios le pagan muy bien por conservarlo en tan perfecto estado». «Nada de eso», responde el jardinero, «únicamente me dejan estar aquí y comer los frutos de la temporada». «Aunque no remuneren sus esfuerzos como se merecen», insiste, «deben valorar mucho el trabajo que realiza». «Todo lo contrario», reconoce sin tapujos ni miramientos, «me consideran un loco». «Me cuesta entenderle», confiesa el viajero. Y tras una pausa le interroga picado en la curiosidad: «Si no pagan sus servicios, ni reconocen su mérito, y piensan que no está en sus cabales, entonces ¿por qué razón sigue aquí? ¿Qué clase de trabajo es este?» El jardinero le mira fijamente a los ojos con mal disimulado orgullo y responde sin titubear: «Es un trabajo fijo».

—Ya lo dijo Groucho Marx: «Es mejor tener la boca cerrada y parecer alelado, que abrirla y disipar la duda».

—El caso es que ningún tonto se queja de serlo —su-giere Axel. Y sonríe al añadir—: No les debe ir tan mal.

—Prefiero pensar, querido, que el humor es el revul-sivo contra los imbéciles, cuyo número, según se lee en el Eclesiastés, es infinito.

—No seré yo quien te lleve la contraria —asiente. Se queda pensativo unos segundos y luego declara—: Pero aún hay algo más. Dios tal vez sea el Supremo Humorista y la vida una broma pesada, una farsa con más dolor que gracia.

—Hay un chiste poco conocido que sitúa a Nietzsche en el más allá, donde se ve las caras con Dios, cuya muerte lleva muchos años anunciando, por no mencionar la llegada de El Anticristo. Nada más verle el Todopoderoso se dirige a él con una voz que infunde un temeroso respeto: «¡Y ahora qué! ¿Quieres decirme algo? ¿Tienes un mensaje para mí?» El neurasténico y provocador filósofo, que luce un poblado bigote y gasta maneras de vendedor de biblias, le replica sin perder la presencia de ánimo: «¿Cómo puedo estar seguro de que eres quién dices ser?» «¿Aún lo dudas?», responde condescendiente el Todopoderoso, y comienza a hacer un relato pormenorizado de la vida y milagros de Nietzsche. Este le corta en seco diciéndole: «Eso ya lo sé», y le desafía a contarle algo que desconozca. «Existo», clama taxativo desde las alturas, intentando reprimir la furia que se apodera de Él, a lo que su mortal interlocutor responde

guasón con satisfacción indisimulada: «Cuánto siento haber herido tus sentimientos».

—Ya conoces la frase de Woody Allen: «No solo no hay Dios, sino que jintera a ver si consigues un electricista un fin de semana!»

—Ha llegado el momento de que te cuente el chiste de los dos teólogos rivales, que no se ponen de acuerdo sobre las sutilezas del argumento ontológico de la existencia de Dios de San Anselmo de Canterbury. «Cuando lo vea en el cielo», concluye uno de ellos, «le pediré que me aclare ese punto». Y su oponente le objeta con mala idea: «¿Y si no está en el cielo?». «Entonces», contesta el primero con una sonrisa resabiada, «se lo preguntas tú».

—Admitirás, Clara, que no es fácil resolver la disyuntiva nietzscheana de si «¿es el ser humano el único error de Dios o Dios el único error del ser humano?»

—Querido, por si no lo sabes, hace mucho que Mark Twain respondió a esa cuestión —contesta con aire divertido. Y engolando la voz sentencia—: «El hombre es la criatura que Dios hizo al final de una semana de trabajo, cuando ya estaba cansado».

—Muy bueno —exclama Axel con una risotada. Y volviéndose hacia su compinche, agrega—: ¿Por qué no andamos hasta el Templo de los Valores Británicos?

Dejando de lado la columna conmemorativa en honor al capitán Greenville, que se alza contra el plumizo cielo, dirigen sus pasos hacia ese pictórico emplazamiento. Las praderas se suceden a ambos lados del zigzagueante sendero. Mientras atraviesan en silencio aquel bucólico escenario, el sol comienza a declinar y algunas gotas de lluvia se escapan de las nubes. Al cabo de un rato, Axel toma la palabra para decir con evidente satisfacción:

—No me costaría acostumbrarme a vivir aquí... Estás muy callada. ¿En qué piensas?

—¿Que qué pienso? En el destino de las personas. Está lleno de ironías. La vida se burla continuamente de nosotros, nos toma el pelo y nos desconcierta con sus giros inesperados.

—Ya veo que sigues dándole vueltas al tema.

—Si bien se mira —recalca Clara con aire serio, buscando su complicidad—, todos nuestros afanes y pretensiones tienen una vis cómica, resultan chistosos, cuando no ridículos.

—Me temo que sí —admite Axel. Y mirando a su interlocutora le pregunta con sorna—: ¿Acaso no sabes que el hombre no es solo el único animal que tropie-

za dos veces en la misma piedra, sino que la busca con ahínco e, incluso, la arrastra pendiente arriba como Sísifo?

—Admito que nadie está a salvo de parecer ridículo y convertirse en el hazmerreír de sus prójimos y el blanco de sus guasas. —reconoce con desgana. Y como si una idea le hubiera llevado a otra prosigue diciendo—. Ni el mismísimo Tales de Mileto se libró. Un día que, como era su costumbre, este sabio distraído paseaba con la cabeza en las nubes, se precipitó dentro de un pozo. Y una esclava tracia, que había sido testigo de su aparatosa caída, se mofó de él por querer desvelar los secretos del cielo sin mirar dónde ponía los pies en la Tierra.

—Sería más exacto decir que cayó muy alto.

—El caso es que, como escribió La Rochefoucauld, todos tenemos fortaleza para soportar las desgracias ajenas. Pero son muchos menos los que son capaces de reírse de sí mismos y bromear a cuenta de sus desgracias.

—De acuerdo con mi experiencia no hay una vacuna más eficaz que esa contra los bacilos del engreimiento y el contagioso virus del dogmatismo —argumentó Clara. Y agrega después con un retintín irónico—: Al mismo tiempo que rebaja nuestras pretensiones, nos levanta la moral. ¿Se puede pedir más, Axel?

—Sin duda, estaba en lo cierto Blaise Pascal cuando aseguró que «burlarse de la filosofía es verdaderamente filosofar».

—Y más útil, añadiría yo, que intentar definir el humor, una pretensión que, según Chesterton, evidencia una lamentable falta de humor.

—No hay duda de que la esencia de un chiste se desvanece al intentar explicarlo. Uno muy popular en tiempos de la desaparecida Unión Soviética decía: El capitalismo representa la explotación del hombre por el hombre, y el marxismo justo lo contrario —concluye Axel. Y tras intercambiar una mirada de entendimiento con Clara, le pregunta en un tono jocoso—: ¿Cómo desenredar ese malabarismo de palabras, esa cabriola verbal, sin que se evapore la gracia, se apague la chispa y se acabe el juego?

—Algunos llamarían a eso pensar... —insinúa su acompañante. Hace una pausa y puntualiza—: Que contrariamente a lo que la mayoría supone no consiste en creer en las ideas sino en atreverse a desprenderse de ellas.

—No puedo estar más de acuerdo. Así se entiende también que los pensadores arrastran una merecida fama



de chiflados, de raros, de genios incomprensidos y personas a las que les falta un tornillo.

—Motivos han dado para ello desde la antigüedad. El que se lleva la palma de la excentricidad es el deslenguado Diógenes de Sinope. Nadie ha filosofado con más gracia y desparpajo que este sabio con aire de bufón. En cierta ocasión fue hecho prisionero y puesto a la venta como esclavo. Cuando le preguntaron qué sabía hacer, contestó con desvergonzada franqueza: «Gobernar a los hombres», e instó al subastador a buscar por ahí quién quería comprar un amo.

Acaban de dejar a un lado el camino un templo gótico que evoca un glorioso pasado cuando el viento arrecia y las gotas de lluvia comienzan a estamparse contra el suelo cada vez con más intensidad. Aceleran el paso para ponerse a cubierto en los porches del puente de cinco ojos y estilo *palladiano* que queda a unos cientos de

metros por delante en línea recta. Salvan casi corriendo esa distancia antes de que descargue el nublado. Tan pronto como están bajo techumbre, retoman el diálogo donde lo habían dejado.

—De entre las mil y una anécdotas que se cuentan sobre ese «Sócrates enloquecido», mi preferida es esta —recuerda Clara acodándose en la balaustrada de piedra—. Alguien que le vio pidiendo limosna a una estatua, quiso saber por qué hacía algo tan estúpido, a lo que Diógenes respondió mordaz: «Me acostumbro a ser rechazado».

—Lo cierto es que no siempre es fácil vivir a la altura de los propios ideales, pues, como sabes, a veces estos son tan elevados que provocan mal de altura.

—Entonces te gustará este chascarrillo que tiene como protagonista al último titán de la filosofía: Hegel. Durante sus clases en la universidad de Berlín no se oía ni una mosca. Hablaba como si dictase sus pensamientos para la pos-

teridad. Un día, mientras impartía una de sus magistrales lecciones, sorprendió a un estudiante riéndose. El padre del idealismo absoluto se levantó de su cátedra como impulsado por un resorte y, abriéndose paso entre las mesas hasta el joven, le abordó abruptamente: «¿De qué se ríe usted si puede saberse?». «No lo entendería», se justificó este, rojo como un tomate. «¿Ah, sí?, inténtelo», gruñó Hegel en un tono severo, fulminándole con la mirada. «No lo entendería», repitió tartamudeando con un hilillo de voz. «Me está llamando estúpido», le increpó con un aire de superioridad moral saboreando la situación. «Espero que no me juzgue mal, discúlpeme si le he ofendido», susurró con palabras entrecortadas el estudiante. Carraspeó varias veces y, para lavar su vergüenza, dijo empeorando aún más las cosas: «Soy de la misma opinión».

—Ya se sabe que quien ríe el último... —sentencio Axel riéndose de su propia gracia— piensa más lento.

—Venga, vámonos antes de que cojamos frío —dijo Clara echando a andar con paso decidido.

Mientras la tarde cede el terreno a la noche y las sombras se van apoderando del parque, caminan por el paseo desierto que se abre ante ellos en dirección a la salida. En el aire flota el olor a tierra mojada, y en sus cabezas todavía resuenan los ecos de la conversación. Ahora que ese itinerario mental toca a su final, sienten el cansancio de dos horas largas de caminata.

★

Son muchos lo epítetos que se han utilizado a lo largo de la historia para definir al animal humano: racional, social, político, simbólico, económico, lúdico, ... pero, sin duda, su rasgo más singular, que engloba y sintetiza todos los demás, es que ríe (*homo ridens*). En los miembros de nuestra especie la contracción del músculo cigomático mayor, principal responsable del movimiento de elevación del labio superior, genera una amplia gama de expresiones faciales, que van desde la sonrisa apenas esbozada, pasando por la risa más o menos ostensible, hasta la sonora carcajada. Esa mueca de felicidad, en la que intervienen hasta otros catorce músculos y que carece de aparente utilidad biológica, posee además una dimensión cognoscitiva. A fin de cuentas, humor y filosofía comparten unos orígenes parecidos: el desconcierto ante que las cosas sean lo que son. El estupor que nos embarga al percibir la incongruencia esencial del mundo, inspira al mismo tiempo la reflexión y la comicidad. De ahí que el ingenio pueda

ser considerado, en palabras de Peter Berger, «un instinto filosófico menor» y, al igual que la curiosidad, constituya una constante antropológica. No todas las culturas encuentran jocosos los mismos hechos, pero todas sin excepción ejercitan el humor. Sin ese talismán de la alegría, la existencia se torna gris, ingrata e insoportable.

Su blanco preferido es, sin género de duda, la vanidad. Más que ningún otro, ese defecto resulta irrisorio. Acaso porque las personas pretenciosas se toman demasiado en serio. De todos es sabido que la capacidad de reírse de uno mismo es un signo de salud mental e inteligencia emocional, una prueba inequívoca de equilibrio, seguridad y buena disposición de ánimo. Hacer chanza de los propios defectos y ambiciones no solo desinfla el ego y lo purifica de vanas ilusiones, sino que también quita hierro a las preocupaciones, inmuniza contra el tedio vital y ayuda a encajar los fracasos. Está claro que las mayores dificultades para el ser humano empiezan cuando se da demasiada importancia.

La risa desagradaba y redime, pero también encubre un sentimiento de superioridad y una afirmación orgullosa del yo frente a las decepciones de la realidad, las injusticias, las debilidades ajenas o, incluso, los defectos físicos de nuestros prójimos. Es casi imposible que alguien se mofe de algo o alguien sin pavonearse o alardear. Ese componente agresivo debe ser suavizado por la compasión o el distanciamiento, o disfrazarse de placer, para que la guasa, la burla, la chanza, el sarcasmo o el chiste resulte aceptable entre personas civilizadas y el que ríe no parezca infame, rastrero o cruel. Nos ahorraremos una larga explicación con solo decir que la risa es una forma de escarnio socialmente tolerada. Pero tan cierto como que ataca y sanciona conductas reprobables o desviadas, es que relaja y une, facilitando la integración y la cohesión del grupo. En algunas ocasiones actúa de lubricante comunitario y en otras de corrosivo. Lo mismo sirve para dar rienda suelta a los impulsos rebeldes, subversivos y antisociales que para censurar defectos y favorecer la convivencia. Esta doble vertiente crítica y sancionadora, correctora y desintegradora, convierte al sentido del humor en un medio eficaz tanto para estimular la sociabilidad y el perfeccionamiento de las costumbres como para cuestionar el orden establecido y las normas vigentes. Esta aparente contradicción se desvanece si consideramos que, tal vez, la secreta ambición de la risa sea transformar el mundo a fin de que sea un lugar mejor, donde haya menos cosas de las que, irónicamente, reírse. ■ ■